7 Juan José Saer, Los best-sellers

Domingo 8 de marzo de 1992

PRIMER PLANO

Suplemento de cultura de Página/12

Editor: Tomás Eloy Martínez

A DIEZ AÑOS DE SU MUERTE

Leer en Perec

A una década de su fallecimiento no sería arriesgado afirmar que Georges Perec más que un escritor se ha convertido en un idioma con leyes propias e inimitables que negaban la letra e. Aquel que para Italo Calvino fue "una de las personalidades literarias más singulares del mundo" y a quien Paul Auster señaló como "prodigiosamente entretenido en el sentido en que Lewis Carrol y Lawrence Sterne son entretenidos" es ahora revisitado por Tomás Eloy Martínez en las páginas 2 y 3 de este suplemento. El Dossier Perec se completa con una entrevista que le hiciera Jorge Aguilar Mora en 1970 (Página 8)

Ciudadano Bugsy,

por Otto Friedrich



El 3 de marzo de 1982 murió en París el último de los humanistas. Para la cultura francesa, Georges Perec era el guía imprescindible de una época demasiado llena de lugares y de cosas. Para las otras culturas, es un genio que se atrevió a convertir en lenguaje todo lo que hasta entonces se consideraba efímero e indigno. Novelista, autor de crucigramas y de charadas, de aforismos, de palíndromos y de problemas de ajedrez, cineasta y poeta, Perec es juzgado hoy como un maestro: una voz que, en este final de siglo, tiene la fuerza de Flaubert a fines del siglo XIX.

PEREC instrucciones de uso

TOMAS ELOY MARTINEZ

André Gide escribió en uno de sus diarios que sólo quien ha sido vanguardista puede ser clásico. Tal parece el destino de Georges Perec, el menos serio y el más admirable escritor francés de la segunda mitad del siglo. Desde hace una década, París ha sido poseído por el culto a Perec, que se refleja en los incontables grupos teatrales, asociaciones de vecinos y clubes con su nombre. Todo autor francés de crucigramas ha desafiado alguna vez a sus lectores con los palindromos, anagramas, heterogramas, homofonías, "bolas de nieve" y demás dramas alfabéticos en los que Perec era un consumado maestro.

Al menos cuatro de sus mejores libros fueron traducidos al español: *La vida instrucciones de uso*, *Un hombre que duerme* y *Un gabinete de aficionado*, en Anagrama; y las notas ocasionales de *Pensar/clasificar*, en Gedisa. Hay otros dos, sin embargo, que el lector en español no podrá conocer nunca, porque no se pueden traducir: *Les revenents* (*Los aparecidos*), un relato de 128 páginas que utiliza una sola vocal, la "e"; y *La disparition* (*La desaparición*), novela de 312 páginas que incorpora todas las vocales menos la "e", lo cual es una proeza porque la "e" es la letra más insoslayable de la lengua francesa.

Agotado desde hace mucho tiempo, *Les revenents* fue reeditado en enero por Julliard, al tiempo que Seuil lanzaba *Cantatrix sopranica*, otra de las joyas de Perec. Ambos libros, recibidos con salvas de incienso, anticiparon los homenajes que se abatirán sobre Perec el décimo aniversario de su muerte.

La imagen que dejó tras de sí es más bien mitológica. Hombre de infatigable libertad, para quien las palabras eran el medio de imponer eternidad a los objetos, Perec fue perfeccionando con minucia el retrato que iba a dejar a la posteridad. A los 29 años, cuando ganó el premio Renaudot con su primera novela, *Les choses* ("Las cosas"), trataba de asemejarse a Yves Montand: vestía siempre una camisa de cuello alto, se cortaba el pelo al rape, y sus enormes ojos verdes, que centelleaban ante la menor respiración de la vida, le conferían un cierto aire seductor, disipado por los infinitos lunares y verrugas en las mejillas y las orejas apantalladas.

Dos años después parecía otra persona. Se había dejado crecer una barba desflecada en la mandíbula, que casi enseguida se volvió gris. El pelo le flameaba en desorden —ralo sobre la frente—, como una loca llamarada negra. Y los ojos, cada vez más abiertos, cada vez más asombrados, dominaban una cara enferma de ternura.

PASION DE SU VIDA. Desde mucho antes, desde comienzos de los 60, Perec trasegaba las calles de París en busca de lo que él llamaba "las hierbas perdidas de la ciudad": balcones, sillas de café, señales del metro, melodías cantadas por los vagabundos. Nacido en 1936 y colaborador prematuro (desde 1955) de la *La Nouvelle NRF*, al cumplir veinte años decidió vivir gregariamente, entre amigos que lo seguían por todas partes como si fueran su casa.

De su infancia desgarrada dará cuenta mucho más tarde, en una obra de título enigmático, *W*. Allí evocará a Isy, el padre que murió combatiendo en junio de 1940, y a Cyrla, la madre desaparecida tres años después en los crematorios de Auschwitz. Evocará la carencia de amor y la sorprendente felicidad de no necesitar el amor. Unos tíos a los que casi nunca veía le permitieron graduarse como sociólogo y trabajar como investigador en el célebre Centre National de la Recherche Scientifique. Todo el resto es literatura. A fines de los 50, devorado por una fugaz fiebre política, publicó artículos combativos en las revistas *Partisans* y *Cause commune*, y con un dúo de amigos, Roland Barthes y Henri Lefèvbre, fundó el grupo Argumentos, cuya única finalidad era conversar.

Luego, los tres se apartaron para escribir. Lo hacían frenéticamente, con saña, como si el próximo minuto de vida dependiera de la próxima palabra que dejaban caer en el papel. En 1965, Perec publicó *Les choses*. Su éxito fue fulgurante. Como el subtítulo del libro rezaba "Una historia de los años sesenta", y como Maurice Nadeau dijo de él que era "el relato moral y sentimental de los hombres de su generación", a Perec le cayó encima una etiqueta de escritor social que tardó mucho en quitarse. Es verdad que *Les choses* podía leerse como un documento sobre la sociedad de consumo, pero por el tono y la ironía flaubertianas era, claramente, una parodia de *La educación sentimental*.

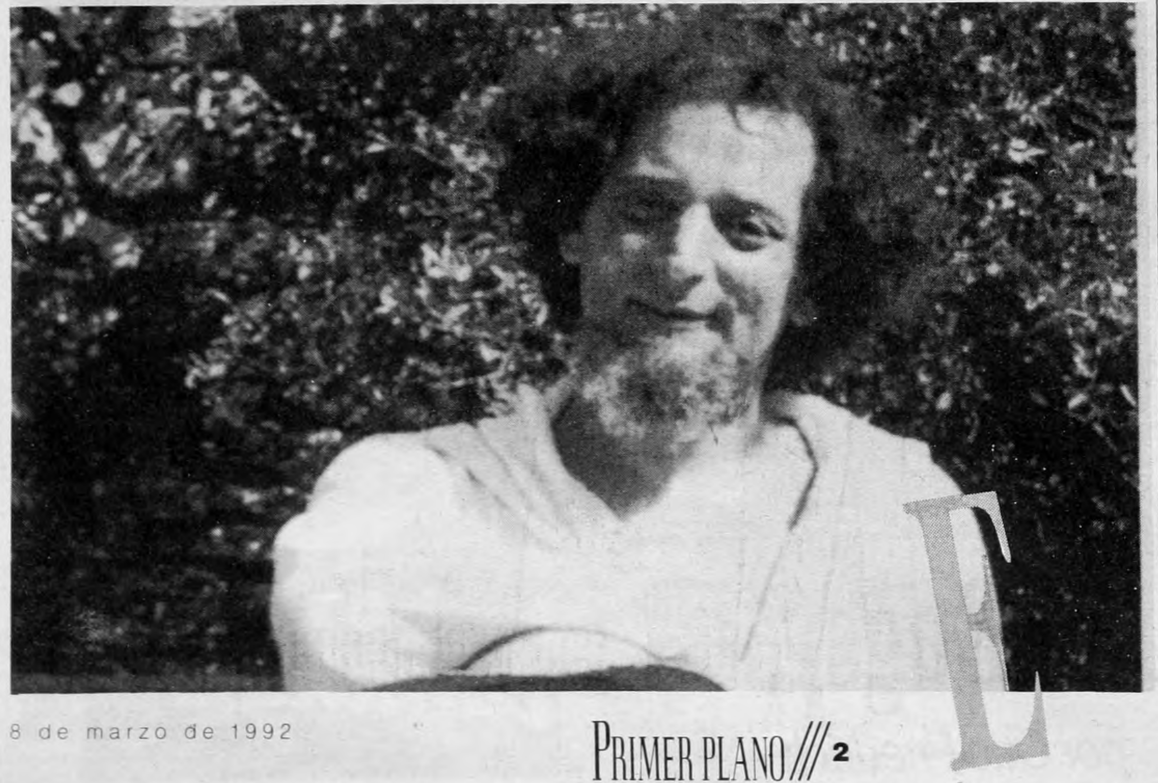
Para salir de la trampa moralista en que lo habían metido, Perec descerrajó al año siguiente una novela (¿se puede hablar de novelas o aun de relatos en su caso, cuando la violación de los géneros es tan flagrante?), *Quel petit vélo à quidon chromé au fond de la cour?* (algo así como "¿Qué bici con el manubrio cromado hay en el fondo del patio?"). Era un soliloquio delirante, contado por un idiota que enreda genialmente las palabras, y cuyo mero nombre heroico es ya un manifiesto literario: Karaschmurz, Karachose, Karatruc, Karamanlis, etcétera. "Un experimento fallido", dictaminó la crítica para salir del paso.

Perec reservaba una rápida sorpresa; *Un homme qui dort*, 1967 (*Un hombre que duerme*), definida por los discípulos del autor como "la no historia de la no elección de una no vida". Novela escrita en segunda persona, toda en *tú*, oculta sin embargo un fuerte registro autobiográfico: el relato del cuerpo abandonado, sin deseo, aniquilado, sumido en una tiniebla cuyos contornos nadie adivina. A partir de entonces, los libros se sucedieron en cascada: 1969 fue el año de *La disparition*, 1972 el de *Les revenents*, 1978 el de la monumental *La vie mode d'emploi* (*La vida instrucciones de uso*) que ganó el premio Médicis y que marca uno de los raros momentos de revolución en las letras europeas.

TRES ESTACIONES. Aunque Perec publicó entre tanto siete u ocho libros más, compuso semanalmente las palabras cruzadas de las revistas *Le Point* y *Télérama*, escribió decenas de "piezas radiofónicas", fundó el grupo de vanguardia OuLiPo y dirigió o escribió los diálogos de tres films, las claves de su genio deben buscarse en las tres obras citadas en el párrafo anterior.

Se puede comenzar arbitrariamente por *Les revenents*. Como el propósito manifiesto es no usar otra vocal que la "e", ya el propio título es un guiño al lector: la ortografía correcta de la palabra es *revenants*, si bien el sonido es el mismo. El primer párrafo del libro mantiene sin embargo el rigor: "Telles des chèvres en détresse, sept Mercedes Benz verts, les fenêtres crêpées de reps grège, descendent lentement West End Street et prennent sénestrement Temple Street..." (Traducción aproximada: "Como cabras en peligro, siete Mercedes Benz verdes, con las ventanas encrespadas de forros de tela cruda, descienden lentamente y toman el carril izquierdo de Temple Street...".) Pero, a diferencia de *La disparition*, donde las reglas de juego se observan escrupulosamente, en *Les revenents* hay trampas a cada paso. Unos pocos botones de muestra: "cent frencs" (en vez de "cent francs") "feeftee feeftee" (por "fifty-fifty") o "les Qrés" (por "les curés"). Hay en el texto una cierta voluptuosidad del engaño, como si el objetivo final del juego fuera demostrar que literatura es sinónimo de libertad.

Desde su declaración de principios, *La disparition* es un juego. Perec lo escribió para que Francia dispusiera de un récord mundial —una novela que omite la letra más usada del idioma— y para que su nombre figurara en el Guinness. Uno de los personajes principales, Anton Voyl (en Voyl pueden leerse las "e" perdidas de la palabra "vocal", *voyelle*), supone que a su lenguaje le falta un elemento —no sabe cuál— y que disponer de él le permitirá dominar el mundo. Desde la tercera página, el lector sabe que el elemento faltante es "un redondel no del todo cerrado, que termina con un trazo horizontal". Pero como en *La*





carta robada de Poe, la clave nunca parece tan escondida como cuando se ofrece a los ojos de todo el mundo.

Uno de los momentos magistrales del libro es aquel en que despliega, sin "e", por supuesto, fragmentos de *Moby Dick*, de Raymond Rousel, y poemas de Victor Hugo y de Arthur Rimbaud, sin contar las recetas de cocina y las frases hechas que van desgranándose con felicidad. Si no fuera porque la proeza se extiende más allá de las trescientas páginas, *La disparition* sería una obra digna del breve Borges.

La vie mode d'emploi, en cambio, es un desafío situado en el espacio. Se trata también de un puzzle, aunque todavía más arduo. A la cabeza del libro hay una cita de *Michel Strogoff*, la novela de Verne: "Mira con todos tus ojos, mira", y otra de Paul Klee (*clé* significa clave): "El ojo sigue los caminos que le fueron proporcionados por la obra". Son advertencias: la mirada debe redoblar su vigilancia y esquivar las trampas.

La protagonista es una casa de tres pisos en la calle Simon Crubellier de París. Está dividida en cien cuartos —99 capítulos en la novela—, cada uno de los cuales aporta indicaciones sobre los habitantes de antes y los de ahora. Uno de ellos, el pintor Serge Valène, que ha vivido en la casa más de medio siglo, proyecta una gran tela —un rompecabezas— que reproducirá las ilusiones, los recuerdos y los momentos cruciales de cada personaje. Para que el lector pueda armar el puzzle, de extrema complejidad, Perec siembra la novela de pistas: genealogías, bibliografías, tarjetas de visita, mapas, problemas de ajedrez y de lógica simbólica, y al final incluye un índice de personajes, objetos, títulos de obras citadas y referencias culturales; una cronología que se cierra con la muerte de Serge Valène y una lista de las 108 historias que se intercalan en el libro. Novela total, que aspira a concentrar en una casa los vastos espacios que ocupa la imaginación del hombre, *La vie mode d'emploi* es tal vez el libro más erudito y más ameno de la erudita literatura francesa, pero a la vez es una rara experiencia de lectura: se entra en él como en un cuadro y se sale de él como de una danza.

ME ACUERDO DE. Los fanáticos de Perec dirán que su obra es inexplicable si se omite su relación con el grupo OuLiPo. Este primer acercamiento prefiere, en cambio, demorarse en sus libros. En las reuniones de OuLiPo, frecuentadas por Queneau e Italo Calvino, Perec solía proponer complicados acertijos verbales, inventar palindromos de estremecedora belleza y narrar lo que veía desde sus cafés favoritos: L'Atrium, en Saint Germain-des Près y Le Canon, en Place d'Italie, así como desde el balcón de su casa, en 18 rue de l'Assomption, frente a la place Saint-Sulpice. Los apuntes escritos desde este último mirador fueron reunidos en un informe de setenta páginas, *Tentative d'épuisement d'un lieu parisien* (*Descripción exhaustiva de un lugar de París*), que incluye, entre otras observaciones, el imprescindible dato de que la lluvia no es un problema específico de los domingos, o de que los semáforos pasan inevitablemente del verde al rojo. En esos apuntes puede leerse la intensidad de su "vocación oulipiana", y entender por qué Perec, cuando se le preguntaba qué es —o era— OuLiPo, respondía: "Somos unas ratas que están construyendo el laberinto del que pronto querrán salir".

Y después está el cine, que en el caso de Perec es inseparable de su aventura intelectual. Entre 1969 y 1974, los años en que sus pasiones abarcan todos los horizontes del conocimiento, el cine es acaso la pasión central. Hubo muchas otras: en 1969 publicó un tratado sobre el Go —el sutilísimo ajedrez de los japoneses— e inventó sus primeros crucigramas; en 1970 volvió su atención hacia la radio, la composición de piezas de música y el dibujo de mapas; en 1974 sorprendió a los arquitectos y a los urbanistas con las revelaciones técnicas de *Espèces d'spaces (Especies de espacios)*. Casi al mismo tiempo, su atención se volvió hacia la narración visual. Primero adaptó al cine su novela *Un homme qui dort* (el film ganó en 1974 el premio Jean Vigo); luego realizó para la televisión un film proustiano, *Les lieux d'une fugue (Los lugares de una fuga),* que enlazaba el recuerdo de los objetos con la nostalgia de ciertos paisajes. Por fin, escribió los diálogos de *Série Noire*, un film de Alain Corneau, y reivindicó su herencia judía en *Récits de Ellis Island* (*Cuentos de la isla Ellis*), el espléndido documento que filmó a las puertas de Nueva York con su amigo Robert Bober.

Allí, en esa obra maestra, Perec vincula por única vez su escritura con sus orígenes: "Escribo. Escribo porque hemos vivido juntos, porque fui uno entre ellos, sombra en medio de sus sombras, cuerpo junto a sus cuerpos. Escribo porque ellos dejaron en mí su marca indeleble, una huella que se ha convertido en escritura: en la escritura, sus recuerdos han muerto; la escritura es el recuerdo de sus muertes y la afirmación de mi vida".

A fines de 1981 volvió otra vez los ojos a esas raíces y comenzó a trabajar en *Sarah*, un vasto fresco familiar que dejó sin terminar. Lo atormentaban ya los dolores del cáncer de pulmón, al que sucumbió el 13 de marzo del año siguiente. Quienes lo conocieron dicen que era un hombre extraño, tierno, alegre, atento, curioso, con una inusual conciencia de su lugar en la historia. "Alguien tan único", escribió Italo Calvino, "estaba condenado a morir joven".

A comienzos de 1990, Jean-Claude Brialy recitó en un teatro de París, montado sobre una bicicleta de otro siglo, los aforismos de *Je me souviens* (*Me acuerdo de*), el bello libro que Perec había escrito doce años antes. Cada frase evocaba un lugar, un pequeño drama secreto, un amor perdido, una canción irrecuperable de la ciudad: la epopeya de mayo del '68, las tardes en los cines de arte viendo películas de Bergman y Fellini, las zozobras de la guerra de Argelia, los últimos recitales de Edith Piaf, las primeras violetas de la primavera. Cada brizna del pasado brillaba entre las palabras como una lámpara de felicidad.

Al final del espectáculo, Brialy recitaba con austeridad, sin énfasis, un aforismo que no estaba en el original: "Me acuerdo de Georges Perec. Me acuerdo de Georges Perec. Me acuerdo de Georges Perec". Y en la sala, súbitamente inundada de luz, los espectadores sonreían, con la cara estriada de lágrimas.

ANTES QUE EN EL

Ciudadano

OTTO FRIEDRICH*

Un capítulo de "La ciudad de las redes" —monumental ensayo de Otto Friedrich sobre Hollywood y sus alrededores durante los '40— se ocupa sin piedad alguna de la oscura leyenda de Ben "Bugsy" Siegel, excusa para una glamorosa historia de amor protagonizada por Warren "Oscar" Beatty, de próximo estreno en la Argentina. Como suele ocurrir, poco tiene que ver el celuloide con la realidad; pero —como bien supo cantar Paul Simon— "por eso Dios inventó las películas".

Bugsy era un apodo detestado por el hombre que lo ostentaba, Ben Siegel. El y Lansky se habían criado en los barrios bajos de Nueva York, Lansky en el Lower East Side, Siegel en el barrio Williamsburg de Brooklyn. Según una anécdota difícil de creer, se conocieron en una coyuntura en que Lansky hizo de buen samaritano al rescatar a un Siegel de doce años del dormitorio de una chica, donde el joven amante de la muchacha, Salvatore Lucania, que más tarde se llamaría Lucky Luciano, le estaba dando una paliza de órdago. Es más probable que los tres futuros gánsteres se conocieran en el desarrollo normal de las luchas callejeras de Nueva York.

El fin de la Prohibición, en 1934, obligó a los contrabandistas de licores a buscar nuevos campos de actividad económica. Unos, como Joseph P. Kennedy, se volvieron ciudadanos muy respetables. Sam Bronfman se convirtió en el filantrópico patriarca de las destilerías de Seagram y lo mismo le sucedió a Lewis Rosentiel en Schenley. Otros concentraron sus energías en las distintas variantes de lo que vulgarmente se llama extorsión. Buchalter, por ejemplo, construyó un importante imperio comercial sacando dinero a empresas judías, en particular almacenes de ropa y piel, carnicerías, colmados y restaurantes. Todo le salió demasiado bien. Su notoriedad no tardó en convertirlo en blanco preferente de Thomas E. Dewey, que en 1935 fue nombrado fiscal especial para los casos de extorsión. Lansky fue más discreto. Se fue de Nueva York y organizó en el Sur un imperio del juego. Desde su cuartel general de Miami, fundó los casinos de la Costa de Oro de Florida, los lujosos centros de veraneo de los alrededores de Nueva Orleáns y las catedrales de placer de la Cuba de Fulgencio Batista. Lansky se mantuvo siempre entre bastidores; hombrecillo tranquilo, educado, casi nunca visible y nunca acusado de nada: y sin embargo jugó un papel tan importante como el que más en la forja del deslumbrante estilo de vida de lo que hoy se conoce con el nombre de *Sunbelt* (Sur y sudeste de EE.UU.).

Siegel, el amigo de Lansky, también se fue de Nueva York al terminar la Prohibición, aunque lo que lo atrajo fue Los Angeles, y en particular Hollywood. A diferencia de Lansky, a Siegel le encantaba el exhibicionismo, el oropel, la celebridad. Cuando se trasladó al Oeste en 1936, alquiló una mansión en McCarthy Drive, propiedad del cantante de ópera Lawrence Tibbett. Luego construyó una mansión propia en la Delfern Avenue de Holmby Hills. Hizo que le instalasen paredes de mármol rojo en el cuarto de baño, una fila de máquinas tragaperras en la sala de estar, y pasadizos secretos desde las estanterías corredizas de la biblioteca hasta el ático. Se hizo socio del Hillcrest Country Club y a sus dos hijas las matriculó en la Academia DuBrock de Equitación.

En una sociedad que tenía a Jack Warner y Harry Cohn por distinguidos señores feudales, Siegel encajó de perlas. Raymond Chandler, que tomaba nota de estas vicisitudes, vio cierto día que un grupo de ejecutivos de la productora volvía de comer y se detuvo maravillado ante el espectáculo. "Eran igual que una banda de gángsters de Chicago de primera magnitud que fuera a leer la sentencia de muerte del competidor derrotado", escribió a un amigo. "Aquello me hizo pensar de pronto en el extraño parentesco psicológico y espiritual que hay entre las grandes operaciones financieras y las actividades ilegales a gran escala. Determinadas caras, determinadas expresiones, determinados modales. La misma forma de vestir y la misma despreocupación exagerada."

Parece que Siegel alimentaba la secreta ambición de ser estrella de cine. Era hombre guapo, en la medida en que pueden resultar bellos los rasgos acentuados y la barbilla cuadrada, tan guapo en realidad como su antiguo amigo George Raft, que antaño había sido un matón callejero de Nueva York llamado Georgie Raiyt y que en aquellos momentos ganaba 4000 dólares a la semana. Siegel era vanidoso en lo que tocaba a su aspecto; se aplicaba cremas en la cara y dormía con un elástico sujeto bajo la barbilla. Le aguzaba sin embargo el deseo de ser un simple actor, porque ya era rico y todo le iba bien. De sí mismo decía que era un *sportsman*, un caballero deportista. Su caballo blanco, en la sociedad hollywoodense, era una mujer rica. Dorothy Taylor de verdadero nombre, y que se jactaba de poseer el título de condesa Dj Frasso. La riqueza femenina, estimada entre 10 y 15 millones de dólares, procedía de la fá-



Virginia Norma Hill made in Hollywood.

ANTES QUE EN EL CINE

Ciudadano Bugsy

OTTO FRIEDRICH*

Un capítulo de "La ciudad de las redes" —monumental ensayo de Otto Friedrich sobre Hollywood y sus alrededores durante los '40— se ocupa sin piedad alguna de la oscura leyenda de Ben "Bugsy" Siegel, excusa para una glamorosa historia de amor protagonizada por Warren "Oscar" Beatty, de próximo estreno en la Argentina. Como suele ocurrir, poco tiene que ver el celuloide con la realidad; pero —como bien supo cantar Paul Simon— "por eso Dios inventó las películas".

Bugsy era un apodo detestado por el hombre que lo ostentaba, Ben Siegel. El y Lansky se habían criado en los barrios bajos de Nueva York, Lansky en el Lower East Side, Siegel en el barrio Williamsburg de Brooklyn. Según una anécdota difícil de creer, se conocieron en una coyuntura en que Lansky hizo de buen samaritano al rescatar a un Siegel de doce años del dormitorio de una chica, donde el joven amante de la muchacha, Salvatore Lucania, que más tarde se llamaría Lucky Luciano, le estaba dando una paliza de órdago. Es más probable que los tres futuros gánsteres se conocieran en el desarrollo normal de las luchas callejeras de Nueva York.

El fin de la Prohibición, en 1934, obligó a los contrabandistas de licores a buscar nuevos campos de actividad económica. Unos, como Joseph P. Kennedy, se volvieron ciudadanos muy respetables. Sam Bronfman se convirtió en el filantrópico patriarca de las destilerías de Seagram y lo mismo le sucedió a Lewis Rosentiel en Schenley. Otros concentraron sus energías en las distintas variantes de lo que vulgarmente se llama extorsión. Buchalter, por ejemplo, construyó un importante imperio comercial sacando dinero a empresas judías, en particular almacenes de ropa y piel, carnicerías, colmados y restaurantes. Todo le salió demasiado bien. Su notoriedad no tardó en convertirlo en blanco preferente de Thomas E. Dewey, que en 1935 fue nombrado fiscal especial para los casos de extorsión. Lansky fue más discreto. Se fue de Nueva York y organizó en el Sur un imperio del juego. Desde su cuartel general de Miami, fundó los casinos de la Costa de Oro de Florida, los lujosos centros de veraneo de los alrededores de Nueva Orleáns y las catedrales de placer de la Cuba de Fulgencio Batista. Lansky se mantuvo siempre entre bastidores; hombrecillo tranquilo, educado, casi nunca visible y nunca acusado de nada: y sin embargo jugó un papel tan importante como el que más en la forja del deslumbrante estilo de vida de lo que hoy se conoce con el nombre de *Sumbelt* (Sur y sudeste de EE.UU.).

Siegel, el amigo de Lansky, también se fue de Nueva York al terminar la Prohibición, aunque lo que lo atrajo fue Los Angeles, y en particular Hollywood. A diferencia de Lansky, a Siegel le encantaba el exhibicionismo, el oropel, la celebridad. Cuando se trasladó al Oeste en 1936, alquiló una mansión en McCarthy Drive, propiedad del cantante de ópera Lawrence Tibbett. Luego construyó una mansión propia en la Delfern Avenue de Holmby Hills. Hizo que le instalasen paredes de mármol rojo en el cuarto de baño, una fila de máquinas tragaperras en la sala de estar, y pasadizos secretos desde las estanterías corredizas de la biblioteca hasta el ático. Se hizo socio del Hillcrest Country Club y a sus dos hijas las matriculó en la Academia DuBrock de Equitación.

En una sociedad que tenía a Jack Warner y Harry Cohn por distinguidos señores feudales, Siegel encajó de perlas. Raymond Chandler, que tomaba nota de estas vicisitudes, vio cierto día que un grupo de ejecutivos de la productora volvía de comer y se detuvo maravillado ante el espectáculo. "Eran igual que una banda de gángsters de Chicago de primera magnitud que fuera a leer la sentencia de muerte del competidor derrotado", escribió a un amigo. "Aquello me hizo pensar de pronto en el extraño parentesco psicológico y espiritual que hay entre las grandes operaciones financieras y las actividades ilegales a gran escala. Determinadas caras, determinadas expresiones, determinados modales. La misma forma de vestir y la misma despreocupación exagerada."

Parece que Siegel alimentaba la secreta ambición de ser estrella de cine. Era hombre guapo, en la medida en que pueden resultar bellos los rasgos acentuados y la barbilla cuadrada, tan guapo en realidad como su antiguo amigo George Raft, que antaño había sido un matón callejero de Nueva York llamado Georgie Raiyt y que en aquellos momentos ganaba 4000 dólares a la semana. Siegel era vanidoso en lo que tocaba a su aspecto; se aplicaba cremas en la cara y dormía con un elástico sujeto bajo la barbilla. Le aguzaba sin embargo el deseo de ser un simple actor, porque ya era rico y todo le iba bien. De sí mismo decía que era un *sportsman*, un caballero deportista. Su caballo blanco, en la sociedad hollywoodense, era una mujer rica. Dorothy Taylor de verdadero nombre, y que se jactaba de poseer el título de condesa Dj Frasso. La riqueza femenina, estimada entre 10 y 15 millones de dólares, procedía de la fábrica de artículos de cuero que había tenido el padre en la zona nordestatal de Nueva York, mientras que el título procedía del segundo marido de la mujer, un romano sin un céntimo que se quedaba en Roma mientras la condesa organizaba fiestas en Beverly Hills. Acababa de despachar un lío tortuoso con Gary Cooper cuando conoció a Siegel en el hipódromo de Santa Ana y pensó que le iría divinamente como sucesor de aquél.

Hacia finales de los años treinta, Siegel era uno de los principales accionistas (el 15 por ciento) del *S.S. Rex*, lujoso barco-casino que se mantenía en el límite de las aguas territoriales de Santa Mónica hasta que los funcionarios del gobernador Earl Warren le echaron el guante. En 1939, cuando Moses Annenberg abandonó la Trans-National —su monopolio nacional sobre los resultados de las carreras—, los herederos de Al Capone fundaron su propio servicio de noticias, la Trans-America, son Siegel como encargado de meter en cintura a todos los corredores de apuestas de la Costa Oeste. En 1945, sólo con lo expuesto ganaba Siegel una cantidad que se calcula en 25.000 dólares al mes. Sus ingresos totales se han calculado en medio millón al año, cantidad aproximadamente diez veces mayor a la base imponible que declaraba al pagar impuestos.

El único delito del que en realidad se acusó a Siegel fue el tiroteo, en 1940, de Harry Greenbaum, alias "Gib Greenie", matón fugitivo y sospechoso de querer informar a la policía neoyorquina acerca de las actividades de Louis Buchalter, alias "Lepke". Lepke envió a Siegel a dos de sus asesinos de la organización neoyorquina conocida como *Murder Inc.* ("Asesinato, S.A."), y entre los tres cosieron a balazos a Greenbaum delante de una pensión situada a escasas manzanas de Hollywood Boulevard. Siegel fue detenido y acusado de este homicidio, por lo que recurrió al célebre Jerry Giesler para que le sacase las castañas del fuego. Quiso el cielo que las autoridades de Brooklyn se negaran a dejar que sus famosos testigos contra Lepke viajaran a Los Angeles para declarar contra Siegel, por lo que la acusación tuvo que retirarse. Más tarde, cuando las autoridades de Brooklyn cambiaron misteriosamente de parecer, y Siegel fue acusado de nuevo, el testigo principal cayó inesperadamente por la ventana de un hotel neoyorquino, mientras la policía lo custodiaba, y hubo que retirar otra vez la acusación. Es posible que sólo fuese una casualidad que el fiscal de Los Angeles que al final absolvió a Siegel fuera el mismo John Dockweiler que se habría de revelar como la virtud en persona cuando más tarde se procesase a Errol Flynn; y que este mismo Dockweiler hubiera recibido de las arcas de Siegel un donativo de 30.000 dólares para su campaña electoral. Dockweiler afirmó que no sabía nada del donativo de Siegel y, cuando el hecho se hizo público, devolvió el dinero al gángster, que acababa de ser puesto otra vez en libertad.

Los años de la guerra cubrieron de oro el submundo de Los Angeles, al igual que sucedió con la creciente urbe en conjunto (Siegel, según se supo más tarde, fundó una empresa conocida por California Metals Company, que, como fuera, acumuló en un almacén de Antonio Avenue material "sobrante" por valor de seis millones de dólares); pero fue la llegada de la paz lo que inspiró grandiosas imágenes de futuro a empresarios como Lansky y Siegel. Por fin había montañas de dinero en derredor, y la gente quería jugar. Viajar, por otra parte, iba a ser fácil y estaría al alcance de todos. La gente no sólo quería jugar, sino jugar en sitios distintos.

Es posible que el observador común pensara que Las Vegas era una especie de El Dorado inverosímil. Calor, sequedad, monotonía paisajística, no tenía nada que pudiera recomendarse. Los conquistadores españoles habían bautizado la zona con este apelativo generoso y se habían marchado. Los colonos mormones de Utah habían hecho un breve esfuerzo por fundar allí un puesto avanzado hacia 1850, pero se lo devolvieron a los indios paiutes. La Union Pacific construyó allí un apeadero en 1905, pero sin ninguna importancia en la línea que iba a la costa. Las autoridades locales de Nevada hicieron cuanto se les ocurrió por atraer a gente de fuera —juego legal, prostitución legal, divorcios rápidos—, pero la mayoría de los foráneos se inclinaba por la más civilizada Reno, a unos quinientos kilómetros al norte. Las Vegas, a pesar de una temporal afluencia de dinero durante la construcción de la cercana presa de Boulder, siguió siendo una ciudad agrícola con una población no superior a los diez mil habitantes. Su puñado de salas de juego, varias de ellas financiadas en parte por Lansky y Siegel, no abarcaba más de dos manzanas del centro, próximas al cruce de las calles Fremont y Second. "¡Por el amor de Dios, Ben!", exclamó uno de los compinches de Siegel, Morris Sidwert, alias "Little Moe Sedway", cuando vio por primera vez el enclave futuro del legendario Flamingo. "A diez kilómetros de la ciudad. Ni un árbol a la vista, y nada salvo bichos, coyotes y calor."

Pero aquélla era la cuestión, la idea en sí. "La elección del desierto fue deliberada", diría Lansky. "Una vez aquí los turistas, y después de comer y beber cuanto les apetezca, sólo les quedrá por hacer una cosa: jugar."

Habría sido muy fácil construir un casino con un millón de dólares, pero Siegel quería construir no sólo un casino, sino el casino más grande del mundo. La columna iluminada de la entrada tendría que verse desde el desierto, a kilómetros de distancia, un faro que condujese al nuevo palacio del placer, donde todo estaría permitido. En 1946, sin embargo, la economía estadounidense estaba aún limitada por las normativas y penurias de la guerra y Siegel tuvo que maniobrar tácticamente, pagando precios del mercado negro por un lado y, por el otro, sirviéndose de intermediarios. Fue a ver al versátil senador por Nevada, Pat McCarran, un conservador famoso más tarde por sus investigaciones sobre presuntos elementos subversivos, para que le suministrase cobre, acero y otros materiales que escaseaban. Convenció a los ejecutivos cinematográficos de que le vendiesen la madera, las tuberías y el cemento que se pudiera sacar de los almacenes de las productoras. Envió agentes a México, incluso a Italia —mejor no se podían utilizar los contactos de la mafia—, en busca de mármoles preciosos y maderas delicadas. Quería que en todos los cuartos de baño hubiese bañeras empotradas y un bidé de porcelana. Había también escasez de mano de obra. Siegel contrataba carpinteros y enlucidores y llegaba a pagarles hasta 50 dólares diarios.

Los compinches de Siegel estaban sorprendidos e irritados por la devoción con que el tornadizo Siegel construía su palacio, por su insistencia en supervisar cada detalle y en obtener la más alta calidad, a despecho de los costos. Muchos atribuían su extravagancia al deseo de impresionar a la mujer del juego de habitaciones del ático, Virginia Hill. Se trataba de una criatura voluptuosa, ya treintañera, regordeta, pelirroja y que blasfemaba como un estibador. Se llamaba en realidad Onie Hill y había sido uno de los diez retoños de un marmolista borracho de Alabama, aunque el FBI descubrió a la postre que había utilizado otra veintena de nombres: Virginia Norma Hall, Virginia Herman, Virginia Oney d'Algy, Virginia González... González era en realidad el apellido de su segundo marido, un bailarín mexicano; tras quitárselo de encima ya con veintitantos, renunció al matrimonio. Compraba ropa cara, daba fiestas caras y bebía whisky del caro. En algunos casinos mexicanos se la conocía por el no muy exquisito apodo de "The Flamingo", que es posible influyese en la denominación del palacio de Siegel.

Virginia Hill manejaba y gastaba elevadas sumas de dinero. Un corredor de apuestas de Chicago llamado Joe Epstein, que la había conocido poco después de salir ella de Alabama, le enviaría de manera periódica, mientras ella viviese, misteriosos paquetes de billetes de banco. Joey Adonis, el rey neoyorquino del juego, se la llevó a Hollywood, donde la mujer albergaba la vaga esperanza de ser actriz, Bugsy Siegel la conoció en un club nocturno de allí y, en la medida en que era capaz de estas cosas, se enamoró de ella. La mujer de Siegel, Esta, había tolerado con prudencia todo el pendoneo anterior del marido, pero la obsesión de éste por Virginia Hill se hizo tan pública que la esposa le dio el ultimátum tradicional. Siegel respondió prometiéndole una pensión vitalicia de 600 dólares semanales, por lo que la mujer viajó a Reno para divorciarse y volvió a Nueva York. Siegel compró a Virginia Hill un anillo de rubíes y diamantes y se fue con ella a México; se casaron en el otoño de 1946.

Por entonces, el millón de presupuesto del Flamingo se había olvidado hacía tiempo; los gastos habían ascendido a dos millones, luego a más, y Siegel no podía terminar el trabajo. Tuvo que pedir prestado a Lansky y sus amigos, gente que no estaba acostumbrada a que se retrasasen las devoluciones. Siegel resolvió inaugurar el casino Flamingo el 26 de diciembre de 1946, segundo día de Navidad, aunque el hotel en cuanto tal no estaba aún terminado. Habría atracciones por todo lo alto. Siegel contrató a Jimmy Durante para que actuase y el maestro de ceremonias sería Georgie Jessel. Billy Wilkerson, propietario de *The Hollywood Reporter* y poseedor además de acciones del Flamingo, envió invitaciones a todas las celebridades habituales de Hollywood.

El día de la inauguración, al caer la noche, Siegel fue a inspeccionar la fuente de luces y figuras de la entrada y vio que el agua no corría y que no se habían encendido las luces. Un trabajador le dijo que la noche anterior se había colado una gata allí dentro y había tenido gatitos; habría que echarlos de allí a todos. Siegel se opuso. "Da mala suerte que un jugador toque un gato", dijo. La fuente no se iluminó pues la noche inaugural, pero la suerte de Siegel no pudo ser peor. Hubo una tormenta repentina en Los Angeles y los Constellation que Siegel había contratado para el traslado de las estrellas de cine no pudieron despegar. Daba la sensación de que nadie quería acudir a presenciar el gran acontecimiento. Jessel y Durante se presentaron para hacer su papel, desde luego, junto con Xavier Cugat y su orques-

▶

Virginia Norma Hill made in Hollywood.



Warren Beatty, seguro ideal de Ben Siegel.

Bugsy



Warren Beatty, seguro ideal de Ben Siegel.

brica de artículos de cuero que había tenido el padre en la zona nordestatal de Nueva York, mientras que el título procedía del segundo marido de la mujer, un romano sin un céntimo que se quedaba en Roma mientras la condesa organizaba fiestas en Beverly Hills. Acababa de despachar un lío tortuoso con Gary Cooper cuando conoció a Siegel en el hipódromo de Santa Ana y pensó que le iría divinamente como sucesor de aquél.

Hacia finales de los años treinta, Siegel era uno de los principales accionistas (el 15 por ciento) del *S.S. Rex*, lujoso barco-casino que se mantenía en el límite de las aguas territoriales de Santa Mónica hasta que los funcionarios del gobernador Earl Warren le echaron el guante. En 1939, cuando Moses Annenberg abandonó la Trans-National —su monopolio nacional sobre los resultados de las carreras—, los herederos de Al Capone fundaron su propio servicio de noticias, la Trans-America, son Siegel como encargado de meter en cintura a todos los corredores de apuestas de la Costa Oeste. En 1945, sólo con lo expuesto ganaba Siegel una cantidad que se calcula en 25.000 dólares al mes. Sus ingresos totales se han calculado en medio millón al año, cantidad aproximadamente diez veces mayor a la base imponible que declaraba al pagar impuestos.

El único delito del que en realidad se acusó a Siegel fue el tiroteo, en 1940, de Harry Greenbaum, alias "Gib Greenie", matón fugitivo y sospechoso de querer informar a la policía neoyorquina acerca de las actividades de Louis Buchalter, alias "Lepke". Lepke envió a Siegel a dos de sus asesinos de la organización neoyorquina conocida como *Murder Inc.* ("Asesinato, S.A."), y entre los tres cosieron a balazos a Greenbaum delante de una pensión situada a escasas manzanas de Hollywood Boulevard. Siegel fue detenido y acusado de este homicidio, por lo que recurrió al célebre Jerry Giesler para que le sacase las castañas del fuego. Quiso el cielo que las autoridades de Brooklyn se negaran a dejar que sus famosos testigos contra Lepke viajaran a Los Angeles para declarar contra Siegel, por lo que la acusación tuvo que retirarse. Más tarde, cuando las autoridades de Brooklyn cambiaron misteriosamente de parecer, y Siegel fue acusado de nuevo, el testigo principal cayó inesperadamente por la ventana de un hotel neoyorquino, mientras la policía lo custodiaba, y hubo que retirar otra vez la acusación. Es posible que sólo fuese una casualidad que el fiscal de Los Angeles que al final absolvió a Siegel fuera el mismo John Dockweiler que se habría de revelar como la virtud en persona cuando más tarde se procesase a Errol Flynn; y que este mismo Dockweiler hubiera recibido de las arcas de Siegel un donativo de 30.000 dólares para su campaña electoral. Dockweiler afirmó que no sabía nada del donativo de Siegel y, cuando el hecho se hizo público, devolvió el dinero al gángster, que acababa de ser puesto otra vez en libertad.

Los años de la guerra cubrieron de oro el submundo de Los Angeles, al igual que sucedió con la creciente urbe en conjunto (Siegel, según se supo más tarde, fundó una empresa conocida por California Metals Company, que, como fuera, acumuló en un almacén de Antonio Avenue material "sobrante" por valor de seis millones de dólares); pero fue la llegada de la paz lo que inspiró grandiosas imágenes de futuro a empresarios como Lansky y Siegel. Por fin había montañas de dinero en derredor, y la gente quería jugar. Viajar, por otra parte, iba a ser fácil y estaría al alcance de todos. La gente no sólo quería jugar, sino jugar en sitios distintos.

Es posible que el observador común pensara que Las Vegas era una especie de El Dorado inverosímil. Calor, sequedad, monotonía paisajística, no tenía nada que pudiera recomendarse. Los conquistadores españoles habían bautizado la zona con este apelativo generoso y se habían marchado. Los colonos mormones de Utah habían hecho un breve esfuerzo por fundar allí un puesto avanzado hacia 1850, pero se lo devolvieron a los indios paiutes. La Union Pacific construyó allí un apeadero en 1905, pero sin ninguna importancia en la línea que iba a la costa. Las autoridades locales de Nevada hicieron cuanto se les ocurrió por atraer a gente de fuera —juego legal, prostitución legal, divorcios rápidos—, pero la mayoría de los foráneos se inclinaba por la más civilizada Reno, a unos quinientos kilómetros al norte. Las Vegas, a pesar de una temporal afluencia de dinero durante la construcción de la cercana presa de Boulder, siguió siendo una ciudad agrícola con una población no superior a los diez mil habitantes. Su puñado de salas de juego, varias de ellas financiadas en parte por Lansky y Siegel, no abarcaba más de dos manzanas del centro, próximas al cruce de las calles Fremont y Second. "¡Por el amor de Dios, Ben!", exclamó uno de los compinches de Siegel, Morris Sidwert, alias "Little Moe Sedway", cuando vio por primera vez el enclave futuro del legendario Flamingo. "A diez kilómetros de la ciudad. Ni un árbol a la vista, y nada salvo bichos, coyotes y calor."

Pero aquélla era la cuestión, la idea en sí. "La elección del desierto fue deliberada", diría Lansky. "Una vez aquí los turistas, y después de comer y beber cuanto les apetezca, sólo les quedrá por hacer una cosa: jugar."

Habría sido muy fácil construir un casino con un millón de dólares, pero Siegel quería construir no sólo un casino, sino el casino más grande del mundo. La columna iluminada de la entrada tendría que verse desde el desierto, a kilómetros de distancia, un faro que condujese al nuevo palacio del placer, donde todo estaría permitido. En 1946, sin embargo, la economía estadounidense estaba aún limitada por las normativas y penurias de la guerra y Siegel tuvo que maniobrar tácticamente, pagando precios del mercado negro por un lado y, por el otro, sirviéndose de intermediarios. Fue a ver al versátil senador por Nevada, Pat McCarran, un conservador famoso más tarde por sus investigaciones sobre presuntos elementos subversivos, para que le suministrase cobre, acero y otros materiales que escaseaban. Convenció a los ejecutivos cinematográficos de que le vendiesen la madera, las tuberías y el cemento que se pudiera sacar de los almacenes de las productoras. Envió agentes a México, incluso a Italia —mejor no se podían utilizar los contactos de la mafia—, en busca de mármoles preciosos y maderas delicadas. Quería que en todos los cuartos de baño hubiese bañeras empotradas y un bidé de porcelana. Había también escasez de mano de obra. Siegel contrataba carpinteros y enlucidores y llegaba a pagarles hasta 50 dólares diarios.

Los compinches de Siegel estaban sorprendidos e irritados por la devoción con que el tornadizo Siegel construía su palacio, por su insistencia en supervisar cada detalle y en obtener la más alta calidad, a despecho de los costos. Muchos atribuían su extravagancia al deseo de impresionar a la mujer del juego de habitaciones del ático, Virginia Hill. Se trataba de una criatura voluptuosa, ya treintañera, regordeta, pelirroja y que blasfemaba como un estibador. Se llamaba en realidad Onie Hill y había sido uno de los diez retoños de un marmolista borracho de Alabama, aunque el FBI descubrió a la postre que había utilizado otra veintena de nombres: Virginia Norma Hall, Virginia Herman, Virginia Oney d'Algy, Virginia González... González era en realidad el apellido de su segundo marido, un bailarín mexicano; tras quitárselo de encima ya con veintitantos, renunció al matrimonio. Compraba ropa cara, daba fiestas caras y bebía whisky del caro. En algunos casinos mexicanos se la conocía por el no muy exquisito apodo de "The Flamingo", que es posible influyese en la denominación del palacio de Siegel.

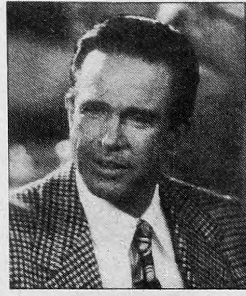
Virginia Hill manejaba y gastaba elevadas sumas de dinero. Un corredor de apuestas de Chicago llamado Joe Epstein, que la había conocido poco después de salir ella de Alabama, le enviaría de manera periódica, mientras ella viviese, misteriosos paquetes de billetes de banco. Joey Adonis, el rey neoyorquino del juego, se la llevó a Hollywood, donde la mujer albergaba la vaga esperanza de ser actriz, Bugsy Siegel la conoció en un club nocturno de allí y, en la medida en que era capaz de estas cosas, se enamoró de ella. La mujer de Siegel, Esta, había tolerado con prudencia todo el pendoneo anterior del marido, pero la obsesión de éste por Virginia Hill se hizo tan pública que la esposa le dio el ultimátum tradicional. Siegel respondió prometiéndole una pensión vitalicia de 600 dólares semanales, por lo que la mujer viajó a Reno para divorciarse y volvió a Nueva York. Siegel compró a Virginia Hill un anillo de rubíes y diamantes y se fue con ella a México; se casaron en el otoño de 1946.

Por entonces, el millón de presupuesto del Flamingo se había olvidado hacía tiempo; los gastos habían ascendido a dos millones, luego a más, y Siegel no podía terminar el trabajo. Tuvo que pedir prestado a Lansky y sus amigos, gente que no estaba acostumbrada a que se retrasasen las devoluciones. Siegel resolvió inaugurar el casino Flamingo el 26 de diciembre de 1946, segundo día de Navidad, aunque el hotel en cuanto tal no estaba aún terminado. Habría atracciones por todo lo alto. Siegel contrató a Jimmy Durante para que actuase y el maestro de ceremonias sería Georgie Jessel. Billy Wilkerson, propietario de *The Hollywood Reporter* y poseedor además de acciones del Flamingo, envió invitaciones a todas las celebridades habituales de Hollywood.

El día de la inauguración, al caer la noche, Siegel fue a inspeccionar la fuente de luces y figuras de la entrada y vio que el agua no corría y que no se habían encendido las luces. Un trabajador le dijo que la noche anterior se había colado una gata allí dentro y había tenido gatitos; habría que echarlos de allí a todos. Siegel se opuso. "Da mala suerte que un jugador toque un gato", dijo. La fuente no se iluminó pues la noche inaugural, pero la suerte de Siegel no pudo ser peor. Hubo una tormenta repentina en Los Angeles y los Constellation que Siegel había contratado para el traslado de las estrellas de cine no pudieron despegar. Daba la sensación de que nadie quería acudir a presenciar el gran acontecimiento. Jessel y Durante se presentaron para hacer su papel, desde luego, junto con Xavier Cugat y su orques-



Ciudadano Bugsy





ta. George Raft llegó con su Cadillac, pero los restantes invitados que acudieron y que podían pasar por celebridades de Hollywood no formaban un grupo muy brillante: George Sanders, Charles Coburn, Sonny Tufts. Apenas se habría podido pintar una escena más desangelada que la del casino recién inaugurado en un Flamingo medio vacío y terminado a medias, y que se alzaba solitario en el desierto de Nevada el segundo día de Navidad.

Hasta las mesas de juego perdieron dinero, Siegel no sabía si los empleados le robaban, si los jugadores locales eran más hábiles de lo que pensaba o si todo había sido simple cuestión de mala suerte, pero el caso es que Flamingo perdió 300.000 dólares durante sus dos primeras semanas de vida. Por entonces, los gastos del edificio de Siegel eran ya de los que quitaban el resuello. El moblaje de las 92 habitaciones se acercaba a los 3.500 dólares por unidad. En total, el costo del Flamingo había pasado, del millón original, a más de cuatro millones de dólares. Siegel tomó una decisión tajante: cerrar el local hasta que pudiera terminarlo. Virginia Hill, cansada de aquella historia —cansada en concreto de los arrebatos de mal humor de Siegel— volvió a Beverly Hills. Allí alquiló una mansión en North Linden Drive y comenzó a dar fiestas.

El 1° de marzo de 1947, Siegel acababa de completar el moblaje y abría finalmente el hotel; no obstante, a pesar de que los focos iluminaban invitadoramente el desierto, el Flamingo no recaudó la fortuna que Siegel había esperado tanto tiempo. Las pérdidas de los seis primeros meses fueron de 774.000 dólares, los gastos globales, de seis millones. Siegel se afanó por conseguir dinero donde fuese, pero los gángsters que al principio habían financiado el Flamingo estaban convencidos de que el desastre se debía en buena medida al propio Siegel. No sólo lo acusaban de ser un negociante chapucero, sino que además corrió el rumor de que las pérdidas no podían ser tan elevadas como decía Siegel, de que cabía la posibilidad de que Siegel se hubiese quedado con parte del dinero.

En diciembre de 1946, antes de la primera inauguración del Flamingo, hubo una reunión histórica en el Hotel Nacional de La Habana. El anfitrión era Meyer Lansky y el invitado de honor Lucky Luciano, amigo de infancia de Lansky y cuya deportación a Italia había durado nueve meses, transcurridos los cuales había vuelto a Cuba para supervisar sus inversiones. Lansky, fundador del casino del Nacional allá en 1937, invitó a Luciano a hospedarse allí y éste quedó encantado al saber que la atracción navideña del hotel sería Frank Sinatra. Para recibir a Luciano invitó a La Habana a todos los jefes: a Frank Costello y Joe Adonis de Nueva York, así como a Vito Genovese y a Joe Bonnano; a Carlos Marcello de Nueva Orleáns, a Santos Trafficante de Florida; en suma, a toda la flor y nata.

Fue inevitable que los caciques reunidos en el Hotel Nacional comentaran la aventura de Bugsy Siegel en Las Vegas. No menos inevitable fue que se quedaran boquiabiertos al saber que el Flamingo estaba costando más millones de lo planeado, que parte de su dinero se lo gastaba Virginia Hill en caprichos y que otra parte del mismo podía estar camino de Suiza. "Aquella actitud sólo significaba una cosa en el mundo del hampa", diría uno de los socios más allegados a Lansky, Joseph Stacher, alias "Doc", en una entrevista celebrada poco antes de que falleciese en Israel. "Le estaban buscando la boca a Bugsy. Meyer lo sabía también, pero hizo lo que pudo por salvar a su amigo. Rogó a los hombres que tuviesen paciencia (...). Fue la primera vez que vi a Meyer ponerse tan sentimental (...). Pidió por favor a todos los reunidos que recordaran los grandes servicios que Bugsy había prestado a todos ellos. Lo miraron con cara imperturbable, sin decir nada." Según Stacher, Luciano se acercó más tarde a Lansky y le dijo que había que castigar a Siegel. "Si tú no te atreves, Meyer, yo mismo ordenaré la ejecución."

Bugsy Siegel tenía problemas por todas partes. Virginia Hill volvió para pasar un fin de semana en el ático del Flamingo y Siegel se peleó con ella porque la vio hojear un número de *Time*, "esa revista de baja estofa". Le quitó la revista de las manos y le dio un empujón. Ella lo golpeó en la frente con un zapato de tacón afilado, volvió a golpearlo varias veces y salió corriendo. Sin embargo, a pesar de la intervención y las preocupaciones de Siegel, el Flamingo pareció recuperarse por fin. En mayo hubo beneficios: junio iría mejor. Siegel se excusó ante Virginia y la invitó a ir de viaje a París.

A mediados de junio, Meyer Lansky en persona llegó al Flamingo para pasar unos días. No estaba allí para jugar; según parece, no salió de su habitación en ningún momento. Hubo algunas reuniones. Nadie sabe realmente lo que sucedió. Según la versión de Doc Stacher, que es sin duda la versión del propio Lansky, éste hizo lo que pudo por defender a Siegel hasta el final. Otras hipótesis sugieren que fue el mismo Lansky quien decidió el castigo de Siegel, que su último viaje a Las Vegas fue su interpretación del beso de la muerte.

Parece que Siegel no intuyó lo que iba a ocurrir. Invirtió los últimos días en distintas reuniones y transacciones secretas, pero sin manifestar ningún signo concreto de nerviosismo. Voló a Los Angeles pasada la medianoche del 20 de junio y entró en casa de Virginia Hill con una llave dorada que ella le había dado. La mujer se había ido a París, pero su hermano Chick estaba en casa.

La noche siguiente, Siegel fue a una marisquería de Ocean Park llamada Jack's en compañía de Chick Hill, Jerri Mason, novia del anterior, y un colega de fatigas que respondía al nombre de Allen Smiley. Cuando salieron de la marisquería, poco después de las nueve, un desconocido entregó a Siegel un ejemplar de *Los Angeles Times* del día siguiente, en cuya primera plana había un cuño en que se leía: "Buenas noches. Que duerman bien. Con los mejores deseos de Jack's". Al volver a la casa de Linden Drive, Siegel, receloso, olisqueó el aire.

"Huele mucho a flores aquí", dijo a Chick. "Yo no huelo nada", respondió el interpelado. "En la casa no hay ni una sola flor." "¿No las hueles tú, Jerri?", insistió Siegel. "No", dijo la joven.

Abajo, donde se encontraba Siegel sentado en el sofá con el periódico abierto en las piernas, tanto a él como a Smiley se les podía ver a la perfección por entre las cortinas abiertas de la ventana de la sala de estar. Fuera, en la oscuridad, un hombre armado con una carabina 30/30 apuntó con cuidado a través de una mampara enrejada del jardín. Disparó, volvió a disparar, nueve veces en total. El primer proyectil que entró por la ventana alcanzó a Siegel en pleno rostro, le arrancó el ojo derecho y envió éste a unos cinco metros de distancia sobre el suelo embaldosado de la sala de estar. Cuando la cabeza de la víctima cayó hacia atrás, el segundo proyectil lo alcanzó en el cuello. El tercero perforó una manga de Smiley mientras éste se arrojaba al suelo. El cuarto hizo añicos una figurilla marmórea de Baco que estaba sobre el piano de Virginia Hill. El quinto se empotró en un cuadro en que se veía una figura desnuda con un copa de vino.

Uno de los primeros periodistas en llegar al lugar de los hechos fue Florabel Muir, del *New York Daily News*, que advirtió que la salita estaba impregnada del olor de los jazmines que había junto a la ventana, por la parte de afuera. Cogió el periódico manchado de sangre que yacía sobre las piernas de Siegel para ver qué había estado leyendo. Comprobó asimismo la dirección de la mirada de Siegel. "Desde la jamba de la ancha puerta de entrada (...)", contaría, le alcé el borde carnoso del que le brotaban las largas pestañas."

Veinte minutos después del asesinato, mientras la policía iba aún camino de la casa de Beverly Hills, y mucho antes de que ninguna noticia oficial llegase a Las Vegas, tres hombres entraron en el vestíbulo del Flamingo. Una fuerte tormenta de arena violentaba el cielo aquella noche y el casino estaba medio vacío. Uno de los tres recién llegados era Little Moe Sedway, que al principio había comprado la propiedad para Siegel aunque después se había peleado con él; otro era Gus Greenbaum, supervisor general del mundillo de las apuestas de Tucson; el tercero era Morris Rosen, un neoyorquino que se había dedicado a desvalijar casas y que a la sazón trabajaba para Lansky. Comunicaron al personal del casino que había habido un cambio en la administración. Ellos iban a encargarse de dirigirlo. Y así fue. Nadie puso el menor reparo. Y durante el primer año en que Gus Greenbaum dirigió el Flamingo, éste obtuvo unos beneficios de cuatro millones de dólares.

A diferencia de lo que ocurría en las películas hollywoodenses sobre gángsters, los asesinatos ocurridos entre los gángsters de verdad solían quedar sin esclarecer. Nunca se supo quién disparó nueve veces contra Bugsy Siegel, como tampoco se averiguó jamás quién instaló los explosivos en el acelerador del camión de Willy Bioff. Tampoco se supo nunca, ya que en ello estamos, quién forzó la entrada de la casa de Gus Greenbaum y le rebanó el pescuezo con un cuchillo de carnicero. Meyer Lansky, en cambio, aunque nunca aprendió que el delito no es rentable, había amasado una fortuna valorada en 300 millones de dólares cuando murió de cáncer en 1983, ya con ochenta y dos años.

* De La ciudad de las redes. *Se reproduce aquí por gentileza de Tusquets Editores.*

Carnets///

FICCION

El fin del arte



EL RIO SIN ORILLAS. TRATADO IMAGINARIO. Juan José Saer. Buenos Aires, Alianza.

Los comienzos y los finales de los libros, solía pretender Roland Barthes, son momentos de riesgo, esas ocasiones en las cuales un universo, hasta entonces inexistente, se inaugura y se cierra. La memoria logra conservar algunos de esos instantes de expectación y deleite, el "Pueden llamarme Ismael" que en su breve contundencia contiene un hálito del exuberante viaje que recorre *Moby Dick*, la humillación colegial de Charles Bovary que anticipa la mediocridad que atravesará el triste y mediocre destino de Emma. También ciertos inicios en los cuales Borges ponía en juego todo el vértigo de su imaginería sintáctica.

Juan José Saer abre *El río sin orillas* con una afirmación que se parece a una conversación entre seres anónimos: "Espanto y vulgaridad son el patrimonio principal de los aviones". Además aseverativo que es posible reencontrar en las páginas finales: "El fin del arte no es representar lo Otro sino lo Mismo".

Pocas cosas tan impersonales como un río, en la medida en que la naturaleza puede serlo. Sin embargo, hace unos años el crítico y novelista triestino Claudio Magris dio a conocer con notable éxito su libro *El Danubio*. De allí surge la idea de una colección agrupada por el tema de los ríos, entre los cuales Saer elige nuestro Río de La Plata. Se trata de su primer texto por encargo, donde Saer no se permite eludir el tono de la primera persona. Luego de los ensayos sobre la vuelta a la narratividad realizado a través de *El Entenado* y *La ocasión*, luego de las experiencias antirrealistas de *La mayor* o *Nadie, nada, nunca*, Saer se propone ahora recorrer un territorio que reúne sobre sí las cualidades de lo igual y lo distinto. Decía Heráclito, el oscuro, que "nunca nos bañamos en el mismo río", pero el río, a diferencia del mar, no resulta sino una superficie que reproduce hasta el cansancio una gama monótona de colores, reflejos, movimientos. El río es enemigo por igual de la épica y la transformación.

Con este material y este punto de partida, Saer arma un libro que recoge las derivas del Río de la Plata, la historia que habitó sus orillas, las costumbres de sus ocupantes y sus humores, las peculiaridades del clima, las tragedias que se sucedieron en sus márgenes y se deleita en recordar —obedeciendo a una mágica causalidad armada entre la geografía y el deseo— su infancia en los bordes del Paraná, un paisaje nada ajeno a sus habituales lectores. También de allí rescata la figura de un poeta fluvial y entrañable: Juan L. Ortiz.

La mirada que instaura Saer es lo que hace tan atractivo a un texto que antes que inventar (a pesar de los deslices que Saer caracteriza como ficción involuntaria) recopila, documenta e intenta explicar historias como las nuestras: mal aprendidas, apenas sabidas y bien recordadas. Saer vive en Francia desde 1968, inaugurando una forma de exilio que, al menos de manera aparente, nada tiene que ver con la urgencia de la huida ni con las apetencias de cosmopolitismo. Por lo tanto su obra, que nunca se dejó transcurrir fuera de sus espacios habituales, nada tiene que ver con las nostalgias ni con las duras alternativas entre el recuerdo y el olvido. Al igual que ese río descripto en un ciclo de cuatro estaciones, el exilio de Saer es ajeno a cualquier tragedia, aunque la contenga. Eso da como resultado una manera rara de mirar nuestra geografía y nuestra historia, propia y ajena a un mismo tiempo y que aparece tematizada, con cierto humor, en la división entre lectores idiotas y no idiotas que se acercan al libro.

De lo que se trata es de redescubrir una diferencia mientras se sobrevuela el terreno de lo mismo y allí reside el deleite que propone la lectura de *El río sin orillas*, la posibilidad de volver a Mirar y encontrar otras luces, otras tonalidades en ese río de color indefinible y que se parece, aunque Saer jamás cometería la torpeza de decirlo así, a la vida (donde retorna Heráclito). De allí que esa frase de la apertura ya no sea una conversación impersonal, aunque insista en serlo; el universo que abre es la posibilidad del placer en la contemplación de lo Mismo, atisbando ese pequeño resquicio donde surge la diferencia. Lecciones aprendidas en Benjamin, en Borges y probablemente menos en el muy citado Adorno.

Se puede disentir, por supuesto, en varias de las opiniones de Saer, en su personal mirada sobre la historia, en su galería de héroes y execraciones, en el retablo de sus predilecciones estéticas. Lo que persiste como una sensación al leerlo de nuevo y al leer algo nuevo de Saer es que en su escritura habita una de las experiencias más productivas de la literatura argentina de estos tiempos. Donde lo propio y lo extraño siempre están a punto de confluencia.

MARCOS MAYER

Best Sellers///

	Ficción	Sem. ant.	Sem. en lista
1	*El plan infinito*, por Isabel Allende (Sudamericana, 13,70 pesos). El protagonista, Gregory Reeves, crece en un barrio de inmigrantes ilegales en Los Angeles, pasa por la Universidad de Berkeley en plena efervescencia hippie y logra volver "ileso" de la guerra de Vietnam para descubrir que cayó en una trampa.	3	12
2	*La conspiración del Juicio Final*, por Sidney Sheldon (Emecé, 14 pesos). Los descubrimientos de un oficial que investiga el accidente de un globo meteorológico en los Alpes suizos conforman una historia de amor y suspenso.	1	23
3	*El ojo del samurai*, por Morris West (Vergara, 10,85 pesos). El escritor de best sellers mundiales proyecta a sus personajes en una Unión Soviética devastada que pide ayuda y la trama se desenvuelve en Bangkok entre capitalistas alemanes y japoneses.	2	18
4	*Como los cuervos*, por Jeffrey Archer (Grijalbo, 16,80 pesos). Charlie Trumper hereda la profesión de vendedor de su abuelo y emprende una exitosa aventura empresarial. Cuando se convierte en el rey del comercio londinense pasa a ser la presa de sus competidores que, como los cuervos, acechan su fracaso.	9	11
5	*La gesta del marrano*, por Marcos Aguinis (Planeta, 17,80 pesos) La vasta saga de la familia Maldonado, con la persecución a los judíos en la España de la Inquisición y el éxodo al Nuevo Mundo como panorámico telón de fondo.	4	17
6	*Mentiras y secretos*, por William Gil (Vergara, 13,33 pesos) Pandora Doyle, una inglesa que emigró a Nueva York, busca una primicia para una revista de modas. Encuentra una viuda millonaria y con ella se abre una caja de mentiras, secretos y asesinatos.	—	17
7	*Medianoche de amor*, por Michel Tournier (Alfaguara, 15 pesos). Una pareja decidida a separarse organiza una velada en la que cada invitado —como los comensales de *El Decamerón* de Bocaccio— deberá contar una historia que supere a la anterior; los relatos se suceden y los anfitriones cambian de idea.	—	1
8	*La mitad siniestra*, por Stephen King (Grijalbo, 23 pesos). En una de sus más violentas novelas, el autor presenta una aguda reflexión sobre la literatura *trash* a través de un escritor en lucha mortal con su seudónimo.	5	15
9	*El impostor*, por Frederik Forsyth (Emecé, 15 pesos). El autor de *El día del chacal* recuerda los días de la Guerra Fría a través del impostor, una leyenda viviente del espionaje británico que, después de pasar a retiro, decide contar las cuatro misiones más importantes de su carrera.	6	23
10	*Fuegia*, por Belgrano Rawson (Sudamericana, 9,7 pesos). Una novela de prosa transparente y precisa que arranca con la historia de los últimos nativos fueguinos, busca el Norte y encuentra —sin esfuerzo— el interés del lector.	10	16

	Historia, ensayo	Sem. ant.	Sem. en lista
1	*Robo para la Corona*, por Horacio Verbitsky (Planeta, 17,80 pesos) ¿La corrupción es apenas un exceso o una perversión inherente al ajuste menemista y al remate del Estado? El autor responde con una investigación implacable que se transforma en un puntilloso mapa de corruptores y corruptos.	1	13
2	*El asedio a la modernidad*, por Juan José Sebreli (Sudamericana, 13,95 pesos). Una revisión crítica de las ideas predominantes en la segunda mitad del siglo XX que comienza con el pensamiento de Nietzsche y desemboca en el posmodernismo.	2	16
3	*Usted puede sanar su vida*, por Louise L. Hay (Emecé, 10,20 pesos). Después de sobrevivir a violaciones y a un cáncer terminal, la autora propone una terapia de pensamiento positivo, buenas ondas y poder mental.	3	36
4	*El octavo círculo*, por Gabriela Cerruti y Sergio Ciancaglini (Planeta, 13,15 pesos). El menemóvil, la Ferrari, las privatizaciones, el caso Swift, la crisis matrimonial y otros entretelones conforman una crónica exhaustiva de los dos primeros años del gobierno de Menem.	4	26
5	*El marido argentino promedio*, por Ana María Shua (Sudamericana, 10,40 pesos). Todo lo que usted quiso saber y no se animaba a suponer sobre el individuo que duerme a su lado desde hace varios años. Con instrucciones y estrategias varias.	9	9
6	*Corazones en llamas*, por Laura Ramos y Cynthia Lejbowicz (Clarín/Aguilar, 12 pesos). Una historia novelada de la última década del rock and roll argentino. Sus protagonistas la cuentan y, según las autoras, "se consumen de pasión, de amor y de escarnio".	10	16
7	*Una mujer*, por Claudia Acuña y Sylvina Walger (Planeta, 15,50 pesos) La biografía no autorizada de Susana Giménez con un panorámico telón de fondo: un desfile de personajes de la farándula que visten celos, glorias, miserias y grandezas.	5	7
8	*La antidieta*, por Harvey y Marilyn Diamond (Emecé-Urano, 11,80 pesos). El libro que permaneció más de un año en la lista de los más vendidos en Estados Unidos propone una nueva manera de enfocar la alimentación: lo importante no es lo que se come, sino cómo y cuándo se come.	6	24
9	*La gran esperanza*, por Víctor Sueiro (Planeta, 12,40 pesos). El autor que describió su experiencia de muerte clínica en *Más allá de la vida* se propone demostrar —con investigaciones y testimonios— que la muerte física es un principio y no un final.	7	13
10	*Cómo ser una mujer y no morir en el intento*, por Carmen Rico Godoy (Planeta, 10,85 pesos). Manual de ayuda para quienes sean ejecutivas, madres, hijas, esposas y no quieran perder encantos en el camino. La autora es columnista del semanario español *Cambio 16*.	—	34

Librerías consultadas: El Aleph, Del Turista, Expolibro, Fausto, Hernández, Norte, Santa Fe, Yenny —Patio Bullrich— (Capital Federal); El Aleph (La Plata); Fausto (Mar del Plata); El Monje (Quilmes); Ameghino, Homo Sapiens, Lett, Ross (Rosario); Rayuela (Córdoba); Feria del Libro (Tucumán).

Nota: Para esta lista, no se toman en cuenta las ventas en quioscos y supermercados. Con cierta frecuencia, algunos títulos desaparecen de la lista y reaparecen en los primeros puestos a las pocas semanas. Esas fluctuaciones se explican por tardanzas en la reimpresión. En todos los casos, los datos proporcionados por las librerías son cotejados con las cifras disponibles en las editoriales que se mencionan en la tabla.

RECOMENDACIONES DEL EDITOR

Rosario Ferré: **Maldito amor** (Sudamericana/Literal Books). Una de las mejores y más importantes autoras de la literatura de Puerto Rico propone un libro que —según sus propias palabras en el prólogo— "intentó ser, entre otras cosas, una parodia de las novelas de la tierra... (donde) la literatura, el lenguaje mismo, constituye el centro de la disputa por el poder que llevan a cabo los personajes. Todo lo que ellos cuentan es chisme, mentira, calumnia desatada, y sin embargo todo es cierto".

Joseph Campbell en diálogo con Bill Moyers: **El poder del mito** (Emecé). La misma historia de siempre y la figura del héroe paradigmático analizadas con pasión por uno de los más célebres estudiosos del tema.

UNA ENTREVISTA DE 1970

Lo eterno y lo efímero

JORGE AGUILAR MORA

Poco después de la publicación de* Un homme qui dort, *que coincidió con la traducción de* Las cosas *en Seix Barral, Jorge Aguilar Mora entrevistó en París a Georges Perec. Su texto, inédito durante más de una década, formó luego parte de un volumen de singulares entrevistas,* La otra Francia, *dado a conocer en México por el Fondo de Cultura Económica y difundido con extrema parquedad en Buenos Aires.

Aguilar Mora es uno de los mejores poetas y novelistas mexicanos. Su vasto fresco último,* Una muerte sencilla, justa, eterna, *construido sobre el bastidor de* Los doce Césares *de Suetonio, es una lectura de los mitos de la revolución a través de los hombres que la hicieron y la escribieron. La crítica de su país la ha saludado como una obra maestra. Aguilar Mora es profesor titular en la Universidad de Maryland. La publicación en* Primer Plano *del siguiente fragmento de su entrevista a Perec ha sido autorizada por el autor.

En *La desaparición*, Perec realiza una hazaña (intraducible) en idioma francés: contar una historia complicadísima y aterradora sobre la desaparición de un árabe y sobre la investigación de sus amigos para encontrarlo, sin utilizar la vocal e (ni el autor ni los personajes).

—Esa novela la escribí gracias a que pude convertirme en reloj: durante un año, escribí ocho horas diarias a razón de seis líneas por hora. Interrumpí ese ritmo sólo para participar en los acontecimientos de mayo del '68.

Después apareció el "resto" de aquella escritura sin e: *Les revenents*, que cuenta el robo de unas joyas en Inglaterra por una banda bastante inconsecuente, la truculencia misma con una sola vocal.

—A esa obra no le doy mucha importancia, es como un chiste y ya. Sin embargo una frase de esa novela es quizá lo que más me gusta de todo lo que he escrito y dice: "Je cherche en même temps l'éternelle et l'éphémère". (Busco al mismo tiempo lo eterno y lo efímero.)

Me parece una frase extraordinaria, ¿no cree usted?

—Pero ¿no es una frase en cierto sentido fatal, es decir, impuesta casi por la lógica misma de escribir sólo con la vocal e?

—Por supuesto. Pero no tiene nada de malo ser un artesano de la literatura. En el siglo pasado, con el romanticismo, se falseó la literatura francesa: se hizo olvidar que antes la literatura era un trabajo de escritura. De experimentación. Ahora se le da una excesiva importancia a la escritura, quizá porque se le tiene miedo.

En el OuLiPo (Taller de Literatura Potencial), al cual pertenezco, tratamos de reinventar las maneras de escribir, tratamos de seguir las reglas del juego y de la escritura.

Desde hace años, mes a mes, se reúne un grupo de escritores y matemáticos para experimentar todas las posibilidades de combinación de la literatura, de la letra. Entre los escritores destacan Queneau, Perec, Calvino. *La desaparición* y *Les revenents* son dos novelas "oulipeanas" de Perec. Desde el punto de vista de la experimentación, *La tienda oscura* (*), narración de 124 sueños, también lo es. Y así explica: "Yo creía anotar los sueños que hacía, pero muy pronto me di cuenta de que ya no soñaba sino para poder escribir los sueños".

A este libro le siguió un pequeño folleto (el número 1 de la *Biblioteca Oulipeana*) llamado *Ulcerations*, en donde pone en movimiento a las letras de esa palabra para presentarnos las 399 combinaciones posibles:

—Ahora trabajo en una novela que será la descripción de un edificio de departamentos. Suponga que al edificio le quitamos la fachada y nos encontramos con una especie de tablero de ajedrez de diez por diez.

La novela será la descripción de esos cuartos o casilleros que se encuentran en una disposición matemática, como el cuadro mágico de Euler. La novela tendrá 100 capítulos y, por supuesto, aunque será presentada como una descripción, la movilidad matemática del cuadrado revelará la historia.

Por el bar donde estamos sentados se pasean mujeres vestidas a la moda retro, con vestidos largos de satín de un blanco quemado, algunos amigos llegan y saludan a Perec y me miran extranjeramente; llega su esposa y fijan una cita para la cena. Perec pide la tercera tanda de cervezas irlandesas. Se sigue acariciando su barba de fauno, con enorme satisfacción: parece su mejor compañera de la noche.

De pronto, sigue con un tema que había dejado: "Joyce mostró que es fácil destruir la escritura; el problema ahora, me parece, es reinventarla. Por eso estoy en el OuLiPo. somos artesanos, repito.

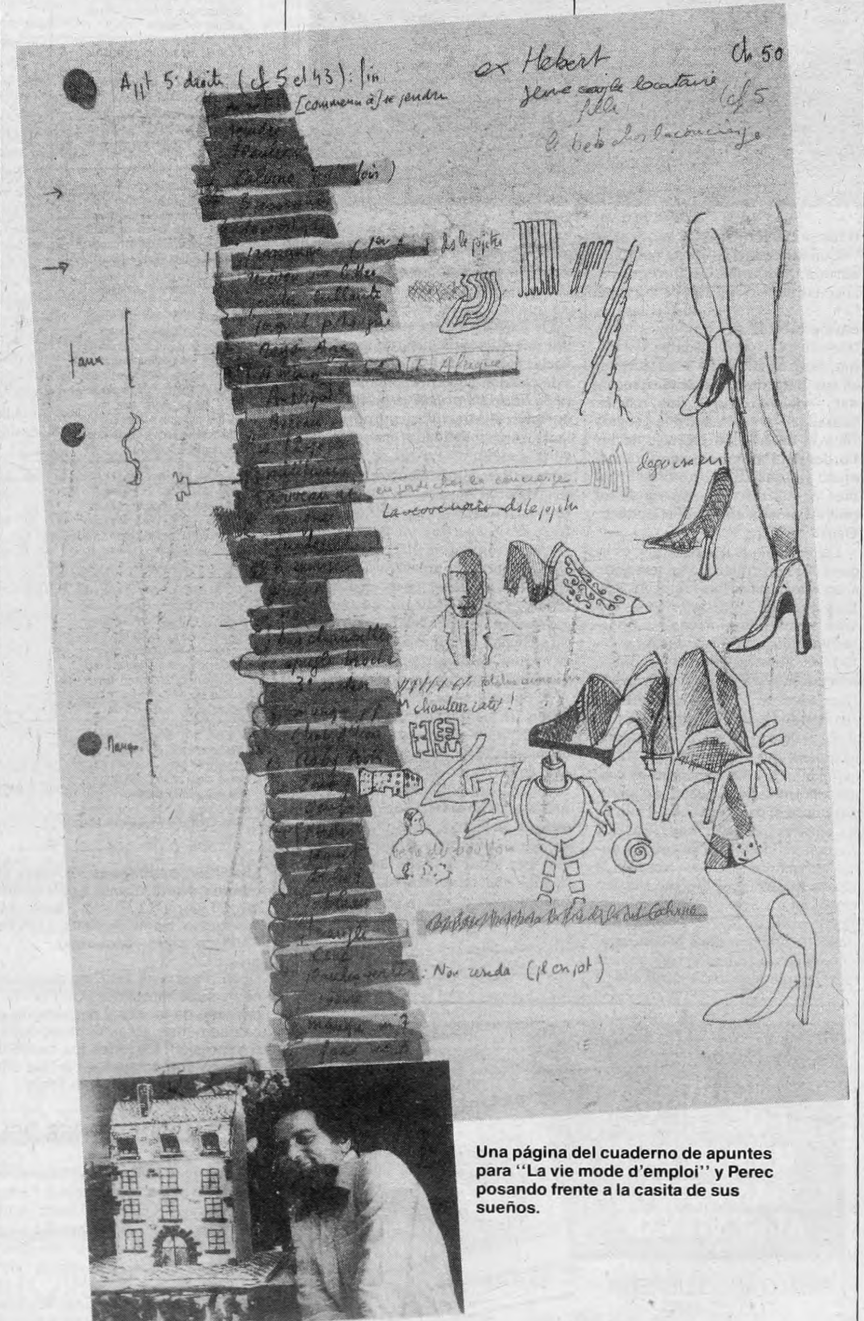
"Mire, es muy fácil abrir la llave del agua, y cuando un genio lo hace, uno se lo agradece; pero cuando no se es genio, más vale no abrirla ¿no cree?"

—La pieza del rompecabezas, esa pieza que usted está llenando ¿con qué otras piezas colinda? ¿De qué piezas se siente lejos?

—Yo me siento cerca de Queneau, de ese gran escritor que es Leiris, de Butor, de quien cada vez estoy más cerca o él de mí. De Beckett me gustan sus textos cortos y de Pinget sólo lo que escribió muy al principio. ¿Usted ha leído *Entre Fantoine el Agapa, Mahu ou le materiau?* Pues eso me parece lo mejor de él, y excelente. En cambio con Bataille o Sade me siento muy mal, no me sienten a gusto. Y de escritores contemporáneos, Sollers no me gusta nada, me parece que allí solo hay terrorismo y ya.

Ya casi nos despedimos, sobre la libreta de notas quedan apuntados nombres de obras o de escritores de los cuales, cuando transcriba esta entrevista, no me acordaré qué es lo que dijo. Me acuerdo mucho mejor de su comentario sobre alguien que lo había saludado en el bar. Salimos: a la derecha las ediciones Gallimard, a la izquierda un bulevard. Comentamos de pasada a Pierre Guyotat. Le cito a Maurice Roche y dice: "Roche se cree genio, y creo que no se equivoca. Ahora, es un genio al estilo Picasso, recorre siempre un mismo camino".

Nos despedimos en una esquina, y días más tarde recibo por correo su libro *Especies de espacios* y una foto, que vuelve a confirmar la impresión de que su rostro es como su obra: producto de una artesanía que no se quiere repetir.



Una página del cuaderno de apuntes para "La vie mode d'emploi" y Perec posando frente a la casita de sus sueños.

(*) *La tienda oscura fue, al parecer, el primer borrador de* La vida, instrucciones de uso *(N. del E.).*